



Por Rodolfo Bianciotti

El esfuerzo personal y el trabajo

Estamos celebrando el año de la vida. En los artículos anteriores hemos considerado el respeto a la vida por nacer, a la vida de nuestros ancianos, y la necesidad de recuperar la confianza en nosotros mismos y en el prójimo. Otra realidad de la vida es el trabajo.

Nuestra vida está hecha también de pequeñas cosas cotidianas, de esa rutina diaria formada de horarios, de trabajo, de compromisos, de «ritos» familiares, de encuentros, de intercambio con parientes, con amigos, colegas, compañeros de trabajo o de la escuela. Todo ese mundo de pequeñas o grandes cosas requiere nuestro esfuerzo y nuestra lucha contra las circunstancias arduas propias de la vida y, más de una vez, debemos tratar de superar algunas dificultades más importantes.

Pensemos en las madres y abuelas que diariamente, los trescientos sesenta y cinco días del año, tienen que pensar en cocinar y en ser creativas. Creativas e innovadoras para hacer más apetecibles los alimentos y, a veces, creativas e innovadoras para que alcance para todos.

Pero... cuántas veces estarán cansadas y, sin embargo, firmes en la brecha, ocultando, quizás, un dolor de cabeza para no preocupar a los hijos. Con lluvia o con sol, con frío o calor, con una gran constancia están en su puesto de trabajo. ¡Son admirables! ¡Cuánto amor en esos pequeños gestos! Igualmente admirables son aquellas mujeres que trabajan, que deben correr y cumplir horarios y regresar a casa para atender a los hijos o al esposo o llevar todos los días sus hijos a la escuela.

Los hombres no se quedan atrás. Cada día, muy temprano, con o sin ganas, corren al trabajo, se cansan para poder traer el sustento al hogar. Otros trabajan por la noche, como serenos o guardias privados o en fábricas que no pueden cortar la cadena de producción y deben dormir durante el día. Tanto unos como otros pensando, seguramente, en sus hijos, sobre todo si son pequeños, a los cuales ven pocas horas al día.

Imitando a Dios

Todo este esfuerzo de hombres y mujeres, de niños y jóvenes, no es en vano. No debería serlo.

El querido Juan Pablo II en una de sus primeras Encíclicas, allá por 1981, nos dice que con nuestro trabajo imitamos a Dios Creador. Permítanme transcribir un párrafo de dicha Carta.

La «descripción de la creación, que encontramos ya en el primer capítulo del libro del Génesis es, a su vez, en cierto sentido el primer «evangelio del trabajo». Ella demuestra, en efecto, en qué consiste su dignidad; enseña que el hombre, trabajando, debe imitar a Dios, su Creador, porque lleva consigo —él solo— el elemento singular de la semejanza con Él. El hombre tiene que imitar a Dios tanto trabajando como descansando, dado que Dios mismo ha querido presentarle la propia obra creadora bajo la forma del trabajo y del reposo» (Laborem Exercens, 25).

Y todos sabemos que el trabajo, ya sea en el hogar como en el empleo, en la fábrica o en la oficina, el trabajo solidario en el barrio o en la escuela... implica esfuerzo, lucha, renuncia a cierta comodidad, y no siempre es fácil.

Los padres y educadores debemos cultivar en nuestros niños y en nuestros jóvenes el valor y la alegría del esfuerzo, de la lucha para superar las dificultades, por lograr un ideal. El hedonismo reinante más de una vez lleva a los jóvenes a no luchar, a sentirse vencidos antes de comenzar o fracasados por no lograr fácilmente un objetivo. Quizás deberíamos presentarles el testimonio de nuestros padres y abuelos que, con menos recursos, supieron luchar para brindar hoy a sus descendientes un presente y un futuro mejor. ¿Quién no piensa en este momento en nuestros abuelos inmigrantes...?

El valor y la alegría del esfuerzo

Es común que durante el esfuerzo, sobre todo si es mucho, nos quejemos, protestemos, etc., pero qué alegría cuando uno logra el objetivo. Y aquí no me refiero sólo a grandes objetivos sino a los cotidianos. Por ejemplo, la mamá que se pasa varias horas en la cocina preparando y decorando la torta para el cumpleaños de uno de sus hijos. En el momento se cansa, transpira, está ansiosa, le duele la cintura, pero qué alegría experimenta cuando termina su «obra maestra» y ve los ojos grandotes del festejado. O la monjita, que se pasa horas y horas cosiendo una casulla para que un joven sacerdote recién ordenado pueda lucirla en su Primera Misa. O simplemente el papá, que trabaja todo el día en la oficina y que un fin de semana se le ocurre arreglar una canilla que pierde y después de una hora puede exclamar, entusiasmado: «¡Pude hacerlo! ¡Lo logré!». Se trata de la alegría implícita en el trabajo hecho con gusto y que nos dignifica, precisamente por lo que decía el Beato Juan Pablo II en el párrafo mencionado: nos hace participar de la obra creadora de Dios.

Para terminar, menciono otro párrafo de la magnífica carta del Santo Padre sobre la dignidad del trabajo humano.

«Hemos intentado, en estas reflexiones dedicadas al trabajo humano, resaltar todo lo que parecía indispensable, dado que a través de él deben multiplicarse sobre la tierra no sólo «los frutos de nuestro esfuerzo», sino además «la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad». El cristiano que está en actitud de escucha de la palabra del Dios vivo, uniendo el trabajo a la oración, sepa que el puesto que ocupa su trabajo no sólo en el progreso terreno, sino también en el desarrollo del Reino de Dios, al que todos somos llamados con la fuerza del Espíritu Santo y con la palabra del Evangelio» (LE 27).

Sabemos por el Evangelio que San José era carpintero y, según la costumbre del tiempo, muy probablemente también Jesús lo era; María, por su parte, se dedicaba a la casa y más de una vez habrá preparado pastelitos para llevarles a Jesús y a José durante sus horas de trabajo. Pidamos, entonces, a la Sagrada Familia que nos haga valorar la importancia del esfuerzo, de nuestro trabajo cotidiano, y nos conceda la alegría de colaborar en la obra de la creación. ○

